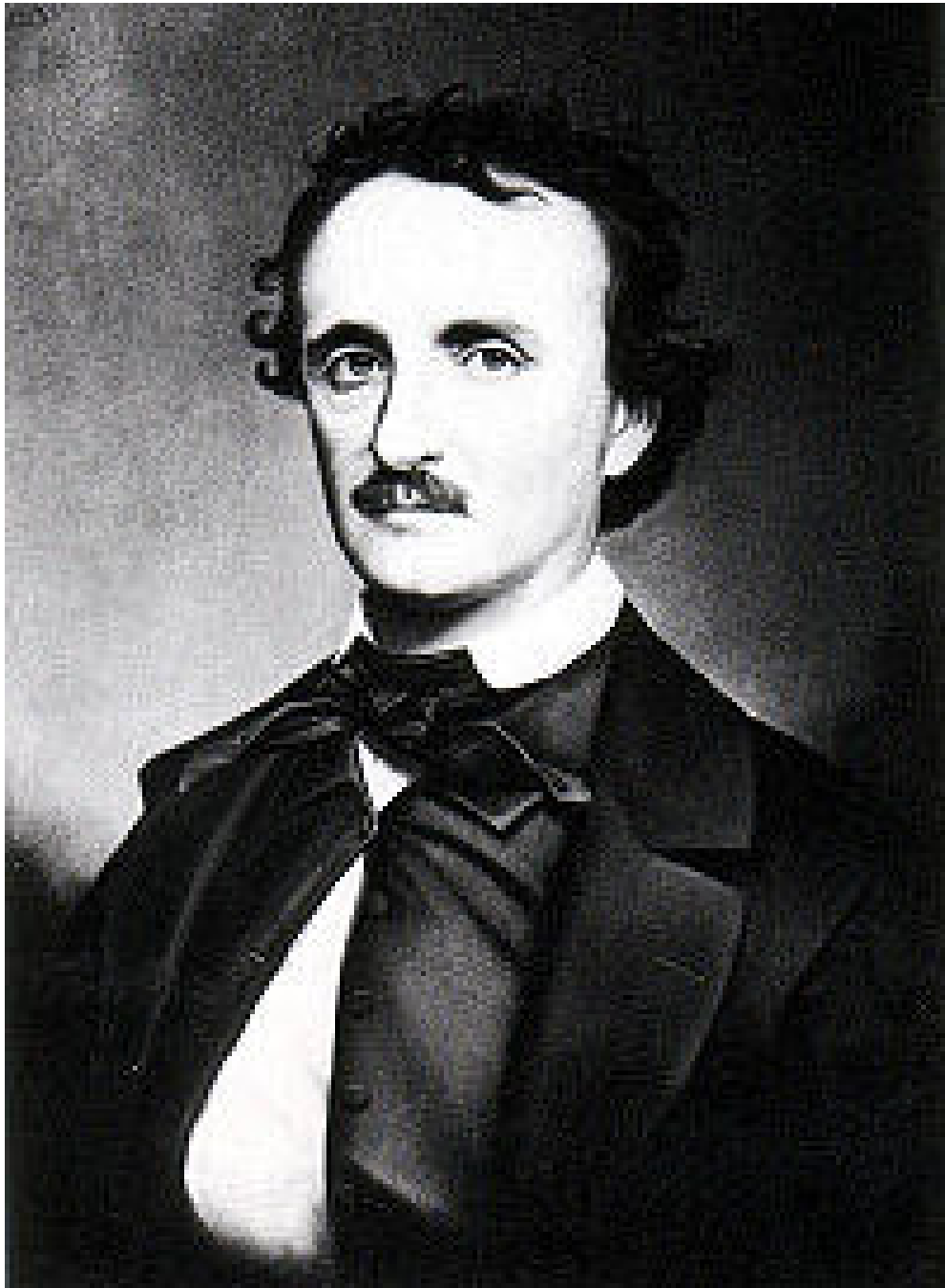


El crimen Paulette, un  
caso para Edgar Allan  
Poe  
o un escándalo como  
el de Wilma Montesi



## Por Carlos Ramírez

El caso de la muerte de la niña Paulette Gebara Farah representó, con la pena del incidente, un desafío a la inteligencia política, a la indagación penal, e hizo traer a la memoria la urgencia de que México tenga laboratorios

policiales como los de CSI o “detectives médicos”. Pero al mismo tiempo hizo recordar las grandes novelas y cuentos de enigmas criminales y policiacos: Gaston Leroux, Edgar Allan Poe, Agatha Christie, Arthur Conan Doyle, George Simenon y hasta JP.D. James, además de algunas partes de Mankell y Patricia Cornwell. Todos ellos basaron sus personajes en la capacidad de raciocinio y abrieron una veta de la indagación criminal de la inteligencia.

Los datos esenciales del caso Paulette acortan la lista: una niña fue denunciada desaparecida de su habitación y su cuerpo “aparece” nueve días después en la misma habitación cerrada. Se trata, pues, de un enigma criminal en un cuarto cerrado. El cuento más famoso --el venero de todos los demás-- es el de Poe: “Los crímenes de la calle Morgue”, publicado en 1841, porque la indagación y la solución se hace en base a puro razonamiento intelectual. En ese cuento desarrolla Poe lo que sería su propuesta de la indagación de la inteligencia y desdeña los métodos policiacos por protocolarios y hasta ineficientes.

La historia de Poe es sencilla: en los diarios se publica la noticia de dos espantosos asesinatos en el cuarto piso de una casa. Dos mujeres fueron horrorosamente asesinadas, una apareció empotrada en el tiro de la chimenea y otra en el patio al pie de la ventana. Pero el asunto enigmático fue que se trataba de una habitación cerrada por dentro. En ese cuento aparece el detective C. August Dupin, una mente racional que vivía de la ayuda de sus amigos. Sin involucrarse en métodos policiacos y sólo a partir de la observación y el razonamiento intelectual, además del estudio directo de la escena del crimen, Dupin resuelve el misterio. Dupin fue un detective inventado por Poe, pero sólo apareció en tres cuentos. Doyle comenzó a publicar las historias de Holmes un poco más de cuarenta años después de Poe. Además, se trata de dos mentalidades diferentes: la francesa y picaresca de Dupin y la flemática de Holmes.

Dupin reflexiona en voz alta, con el narrador del cuento que podría ser el propio Poe en papel de asistente de Dupin, también con mucho de Poe; es decir, Poe frente al espejo. A partir de razonamientos de la inteligencia, Dupin resuelve el enigma del crimen en una habitación cerrada por dentro. Los razonamientos de Dupin podrían ayudar ahora en el caso Paulette:

Al haber resuelto el enigma de los crímenes en la calle Morgue, Auguste Dupin ironizó sobre el comisario que había presentado una solución falsa y puramente policiaca: “no hay fibra en su ciencia; todo en él es cabeza, más sin cuerpo, como las pinturas de la diosa Laverna, o, mejor decir, todo cabeza y espalda, como el bacalao. Sin embargo, es una buena persona. Le aprecio particularmente por un golpe maestro de afectación, al cual debe su

reputación de hombre de talento. Me refiero a su modo *de negar lo que es y explicar lo que no es*”, cita por cierto de Rousseau.

Dupin, desdoblamiento intelectual del propio Edgar Allan Poe en su fase de maestro del enigma y del razonamiento intelectual, había reflexionado sobre los dos horrendos asesinatos en el cuarto piso de una casa de la calle Morgue. En su explicación a su amigo --una especie del Dr. Watson de la novela inglesa del amigo de Sherlock Holmes--, Dupin aporta algunas claves del razonamiento de su indagatoria:

--La policía parisina, tan alabada en su penetración, es muy astuta pero nada más. No procede con método, salvo el del momento. Toma muchas disposiciones ostentosas, pero con frecuencia éstas se hallan mal adaptadas a su objetivo... Los resultados obtenidos son con frecuencia sorprendentes, pero en su mayoría se logran por simple diligencia y actividad. Cuando éstas son insuficientes, todos sus planes fracasan.

--El inspector Vidocque... dañaba su visión por mirar el objeto demasiado cerca. Quizá alcanzaba a ver uno o dos puntos con singular acuidad, pero procediendo así perdía el conjunto de la cuestión. En el fondo se trataba de un exceso de profundidad, y la verdad no siempre está dentro de un pozo.

--Creo que, en lo que se refiere al conocimiento más importante, es invariablemente superficial. La profundidad corresponde a los valles, donde las buscamos, y no a las cimas montañosas, donde se le encuentra.

--En cuanto a esos asesinatos (de la calle Morgue), procedamos personalmente a un examen *antes* de formarnos una opinión.

Luego de un examen de la escena del crimen, Dupin regresó a sus reflexiones:

--Tengo la impresión de que se considera insoluble este misterio por las mismísimas razones que deberían inducir a considerarlo fácilmente solucionable; me refiero a lo excesivo, a lo *outré* (algo así como extraño, bizarro) de sus características. La policía se muestra confundida por la aparente falta de móvil, y no por el asesinato en sí, sino por su atrocidad.

--(Los policías) han caído en el grueso pero común error de confundir lo insólito con lo abstruso (de difícil comprensión para la inteligencia). Pero justamente a través de esas desviaciones del plano ordinario de las cosas, la razón se abrirá paso, si ello es posible, en la búsqueda de la verdad.

--En investigaciones como la que ahora efectuamos no debería preguntarse tanto “qué ha ocurrido”, como “qué hay en lo ocurrido que no se parezca a nada ocurrido anteriormente”. En una palabra, la facilidad con la cual llegaré o he llegado a la solución de este misterio se halla en razón directa de su aparente insolubilidad a ojos de la policía.

--En general, las coincidencias son grandes obstáculos en el camino de esos pensadores que todo ignoran de la teoría de las probabilidades, esa teoría a la cual los objetivos más eminentes de la investigación humana debe en los más altos ejemplos.

--Mi intención consiste en demostrarle, primeramente, que el hecho (la hipótesis de cómo el asesino abrió la ventana y la dejó sellada por dentro) pudo ser llevado a cabo; pero en segundo lugar, y *muy especialmente* (cursivas de Poe), insisto en llamar su atención sobre el carácter *extraordinario*, casi sobrenatural, de ese vigor capaz de cosa semejante.

--Usando términos judiciales, usted me dirá sin duda que para “redondear” mi caso debería subestimar y no poner de tal modo la evidencia de la agilidad que se requiere para dicha proeza. Pero la práctica en los tribunales no es la de la razón. Mi objetivo final es tan solo la verdad. Y mi propósito inmediato consiste en inducirlo a que se yuxtaponga la *insólita agilidad* que he mencionado con esa voz *tan extrañamente aguda* --o áspera-- y *desigual* sobre cuya nacionalidad no pudieron ponerse de acuerdo los testigos y en cuyos acentos no se logró distinguir ningún vocablo articulado.

Y ante la hipótesis del robo por la existencia de monedas en oro, Dupin hace ver que el oro fue abandonado. Razona:

--Le pido, por tanto, que descarte de sus pensamientos la desatinada idea de un *móvil*, nacida en el cerebro de los policías por esa parte del testimonio que se refiere al dinero entregado en la puerta de la casa. Coincidencias diez veces más notables que ésta ocurren a cada hora de nuestras vidas sin que nos preocupemos por ellas. En general, las coincidencias son grandes obstáculos en el camino de esos pensadores que todo lo ignoran de la teoría de las probabilidades, esa teoría a la cual los objetivos más eminentes de la investigación humana deben los más altos ejemplos.

Dupin analiza los puntos que habían llevado a la policía a un callejón sin salidas: la voz singular escuchada por todos, la insólita agilidad del asesino, la fuerza para dañar y la sorprendente falta de móvil “en un asesinato tan atroz como éste”.

Al ganarle la partida al inspector de policía, Dupin describe su victoria con una frase demoleadora: “nuestro amigo el prefecto es demasiado astuto para ser profundo”.

El *método* de Dupin fue comenzar por el razonamiento de los hechos inexplicables para, al hacerlos explicables, encontrar la solución. Al comienzo de su cuento, Poe interviene como narrador anónimo: “el poder analítico no debe confundirse con el mero ingenio, ya que si el analista es por necesidad

ingenioso, con frecuencia el hombre ingenioso se muestra notablemente incapaz de analizar”.

La literatura de enigma policial ha sido siempre un desafío para los periodistas investigadores. Antes de morir, el columnista Manuel Buendía se pasaba horas releendo el cuento “Ataúdes tallados a mano”, de Truman Capote, basado en una historia real, para descubrir al asesino. Si mal no recuerdo, Buendía llegó a la conclusión de que el asesino era el policía que investigaba el caso. Habrá que releer a Capote. El poder de investigación de los periodistas se basaba en el hecho de que la puerta de entrada al periodismo práctico era justamente la fuente de información policiaca. Los reporteros tenían que pasar unos meses en temas policiacos para aprender métodos de investigación, una práctica, por cierto, ya desaparecida. En aquellos tiempos, Buendía trabajaba de reportero de policía en *La Prensa* y competía con los detectives en la investigación de algunos crímenes.

Todo reportero de policía que se respete tiene en el centro de su actividad los casos de asesinatos en habitaciones cerradas. Quizá, en el fondo, porque representan un desafío a la inteligencia y por la fascinación del crimen en sí mismo. Al final de cuentas, como lo estableció Thomas de Quincey, el asesinato puede considerarse como “una de las bellas artes”: “en los crímenes del circo, la mano que asesta el golpe mortal está tan teñida de sangre como la de quien contempla pasivamente el espectáculo; ni puede estar libre de mancha quien tolera el derramamiento ni puede exculparse del asesinato quien aplaude al asesino o recoge los premios en su nombre”. De Quincey deja entrever el asesinato como un espectáculo de masas, hoy potenciado por el papel activo de los medios de comunicación y las redes sociales cibernéticas.

La *mediatización* de conflictos criminales no es nueva. El caso Paulette creció en los medios y en el twitter, no para aportar elementos sino para ejercer presión sobre las autoridades. Y luego vinieron las interpretaciones e hipótesis de los propios medios, cada uno planteando *sus* dudas y *sus* propuestas sobre el crimen. No sería la primera vez ni la última. En su libro *Política y delito*, el ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger cuenta la historia del caso de Wilma Montesi, una italiana que apareció muerta en abril de 1953, a la que se determinó muerte por accidente y luego involucró la hipótesis de un crimen para esconder las relaciones perversas del crimen organizado con los altos mandos de la política italiana de la Democracia Cristiana. El suceso fue calificado por los medios como “El caso del siglo” y de hecho duró casi cinco años por presión de los propios medios con argumentos hipotéticos que nunca pasaron la prueba de los procedimientos judiciales. El mismo caso fue narrado en 1955 por el escritor Gabriel García Márquez en un texto largo de casi sesenta páginas --“El escándalo del siglo”--

del libro *De Europa a América. Obra periodística 3. 1955-1969*, y ahí también refiere la presión de la prensa para evitar el *carpetazo* a la investigación.

Enzensberger aporta alguna idea más integral del asunto. “En la investigación del crimen la sociedad se investiga a sí misma. De aquí el enorme interés con que en Italia es seguido un gran “caso” por obreros e intelectuales, por ciudadanos y campesinos, por pobres y ricos. Todos ellos intentan descifrar algo en él (el crimen), lo que constituye su habilidad propia. Como en todo gran crimen que conmueve al país, también en el caso Montesi, en el caso de la muchacha ahogada, en el “proceso del siglo”, es Italia la que se procesa a sí misma”. Las indagatorias profundizaron hipótesis y datos, pero al final, señala Enzensberger, prevaleció el vicio social de Italia (y toda sociedad que se respete): “el rumor y el *dossier*”. Todo ciudadano se convirtió en inspector de policía, detective e investigador judicial. Al final, el sistema judicial concluyó lo obvio: “los rumores no son pruebas”. Sin embargo, los rumores se convirtieron en hipótesis y éstas se siguieron como pesquisas pero con objetivos concretos a comprobar. Y más cuando uno de los principales sospechosos del crimen era el hijo del ministro de Asuntos Exteriores.

Por cierto, la primera punta del hilo, cuando nadie prestaba atención al caso de una joven que apareció ahogada, de la hipótesis del crimen apareció en un medio impreso: una caricatura con una paloma mensajera que tenía en el pico una liga femenina de las que se colocan en el muslo. La liga había sido señalada como pista extraña en el caso, pues el padre de Montesi declaró que el cadáver de su hija no tenía justamente la liga que ella usaba. Y el otro dato no fue difícil de interpretar: en el idioma italiano, la palabra paloma mensajera se escribe como *piccioni* y *Piccioni* era justamente el apellido del canciller, cuyo hijo fue inmediatamente señalado como responsable del crimen.

Al final, los medios quedaron atrapados en un caso *inflado* por ellos mismos. Concluye Enzensberger: “los rumores no son pruebas. El ministerio público tiene que saberlo., ¿Cómo fue posible que un fiscal, basándose en tan insuficientes pruebas, pudiese formular acusación contra hombres como el hijo de un ministro, como el jefe de la policía de Roma? A esta pregunta sí puede responderse fácilmente. Cuando Piero Piccioni (hijo del canciller) fue detenido, *Italia se hallaba al borde de la revuelta y de la guerra civil*. La presión de la opinión pública era aplastante. Pero ¿cómo iba a canalizarse esa presión?” Al final Piccioni fue declarado inocente. Y el caso quedó como sin solución. Agrega Enzensberger: “esta pregunta nos lleva a la verdad de este proceso, tan plagado de mentiras. El pueblo italiano creyó cada palabra que dijo Anna Maria Caglio (una testigo inflada por una revista) y no por otra cosa sino porque la mitómana Juana de Arco, “la muchacha del siglo”, inculpaba

del asesinato al hijo de un ministro. Italia estaba dispuesta a creer todo lo que iba en contra de su clase gobernante”. Así, “la muchacha ahogada fue sólo un pretexto, un pretexto largo tiempo esperado para ajustar cuentas con un orden social cuyo eventual exponente fueron los acusados de este proceso. Los acusados, agrega, fueron inocentes de los cargos de asesinato, pero “culpables lo fueron únicamente por pertenecer a aquéllos a quienes se refería Italia al pedir a voces su detención. Y para esta culpa no hay absolución posible”. Los acusados salieron libres, Italia regresó a su tranquilidad y sólo Wilma Montesi quedó a la espera de una justicia que no ha llegado.

De ahí la única conclusión posible: ¿será Paulette la víctima propiciatoria que espera México en su fase de descomposición policiaca, criminal y social? ¿Se indigna la sociedad por Paulette como una forma de indignarse consigo misma? ¿Será Paulette el fenómeno *mediático* del *Chupacabras* que fue inventado en tiempos de la presidencia de Carlos Salinas para distraer la atención social? ¿Será el pánico social y la indagación popular el sucedáneo de la estabilidad perdida? ¿Y qué vendrá después de Paulette?

2 de abril de 2010.

[carlosramirez@hotmai.com](mailto:carlosramirez@hotmai.com)

---0---